

# Los clásicos políticos

Escribe: RAMIRO CARRANZA

El Instituto de Estudios Políticos de Madrid inició, ya desde 1949 y bajo la dirección de don Francisco Javier Conde, la publicación de la colección *Clásicos políticos*, en la que se incluyen obras de autores griegos y latinos.

Esta, puede parecer al lector de la nota bibliográfica, una noticia más o menos notable, nada curiosa y tal vez un poco atrasada. Pero en su importancia se encuentra una de las causas del atraso filosófico y político (si creyésemos que debiera ser un filósofo el jefe del Estado) en que nos encontramos los pueblos de lengua castellana. Con estas ediciones se traduce por primera vez a nuestro idioma, directamente de su lengua original, obras que como *La República* de Platón son la cantera donde el pensamiento occidental encontró las bases de su asombrosa construcción.

Para conocer la gravedad de este vacío sigamos a don Manuel Fernández Galiano y a don José Manuel Pabón en su introducción a *La República*. Las publicaciones de ese libro comienzan, en Europa moderna, con la de Aldo Manucio (Venecia 1513) y la de Enrique

Estéfano, (París 1578) ambas del texto griego. A partir de ellas se multiplican por todos los países de ese continente, sin que encontremos una sola edición hecha en España. Lo mismo sucede con la traducción al latín. Y el asunto toma caracteres alarmantes en cuanto a su versión a las lenguas "vulgares". "Es necesario llegar a la primera década del siglo pasado para encontrar una *República* en nuestro idioma...", que es la de don Tomás José y García (1805). "La traducción es ciertamente estimable y merecería elogios aunque no fuera más que por ser la primera...", pero se trata, como lo prueban los autores de la introducción, de una versión al español de la traducción francesa de P. Jean Grou (1762). La otra traducción, generalmente leída en España (y América) hasta nuestros días, es la de don Patricio de Azcárate", para la cual se basó en la traducción latina de Mircilio Ficino (Florencia 1483-84) y en la francesa de Cousin y Chauvet-Saisset. Es curioso anotar que don Patricio de Azcárate, también traductor de todo Aristóteles, es "un perfecto desconocedor de la hermosa lengua de Platón". Las traducciones de E. Pérez, publicadas

por Garnier, la de la Biblioteca Nueva Filosófica de Gallach Pales, al igual que la de J. Bergua de la que vemos una impresionante doble columna con textos tomados de la edición de Cambry, son todas también de origen francés.

La falta de interés de los humanistas españoles por los textos, no por las ideas de Platón, resalta ante lo sucedido con Aristóteles. De este tradúcese la *Ética a Nicómaco* y *La política*, en Zaragoza a mediados del siglo XVI, por Pedro Simón Abril.

El castellano que, como lo afirma Julián Marías en el prólogo a su traducción de *La política* de Aristóteles, "permite bastante bien, cuando se intenta en serio, acercarse al texto griego", cuenta hoy con un notable movimiento filológico, contenido en las distintas universidades del mundo hispánico. Ha tenido esto, como efecto inmediato, el incremento de traducciones de textos clásicos. De ello es ejemplo el trabajo del Instituto de Estudios Políticos que en todos los volúmenes de los *Clásicos políticos* ha publicado, además de los textos originales cuya vista al lado de la traducción será para el lector un continuo estímulo al aprendizaje

de las lenguas clásicas, versiones fieles y claras, dotadas de grandes cualidades literarias.

A esta labor se han vinculado catedráticos, escritores y filósofos como Alvaro D'Ors, Antonio Tovar del que podemos ver un interesantísimo prólogo a su edición de *El sofista* de Platón, Antonio González Lasso, María Rico Gómez, Antonio Ruiz Elvira, Margarita Toranzo entre otros y Luis Gil Fernández a quien debemos una hermosa traducción de *Fedro*.

Esta colección *Clásicos políticos* tan bien comenzada y continuada debe lograr y este es el intento de la nota bibliográfica, también el buen fin de ser leída con interés y espíritu de aprendizaje para que mañana América recoja los frutos del pensamiento antiguo y florezca, otra vez, en nuestro inculto suelo, como diría Eugenio Montes "la rosa latina de las declinaciones" y tenga una nueva voz el pensamiento del hombre que como define Platón es "el callado diálogo interior del alma consigo mismo", ¿de cuál alma? sin duda en esto consiste la perennidad de estas obras, de la que venciendo los impulsos del mal consigue la serenidad propia de las "cosas" eternas y por consiguiente siempre humanas.